

El reencuentro

Luis Carlos Sanabria Ledezma

AUTHOR'S NOTE: Luis Carlos Sanabria Ledezma (Cochabamba, Bolivia 1987). Estudió Literatura en la Universidad Mayor de San Andrés. Ha publicado cuentos, poemas, artículos y crónicas en distintas revistas y medios bolivianos. Ganador el 2014 del Premio para Jóvenes Poetas organizado por la Cámara Departamental del Libro de La Paz y la Fundación Pablo Neruda de Santiago de Chile. Publicó, el 2015 el poemario *Dissección* y el 2017 el compilado de cuentos *Deus ex machina*, ambos con Editorial 3600.

Los últimos días de agonía de nuestro comandante de escuadra fijaron su cuerpo en una sala privada del Hospital Militar y su mente en el bosque espeso en el que había muerto ya, sin saberlo, toda una vida atrás, a la edad de quince años. Decrépito, postrado en cama y sin tener dominio sobre su cuerpo, tanto que se embarraba constantemente sobre su propia mierda, y sin tener tampoco dominio, desde hace algunos años ya, sobre sus pensamientos, siempre fijos en el Chaco, el Coronel regresó en vida al infierno de *pálidas llamas* en el que le llegó la pubertad. La mente cansada lo llevó a ese lugar que en realidad nunca abandonamos.

Han pasado ochenta años desde el cese de la carnicería y son pocos a quienes aún esperamos. Como el ocio es eterno, a veces mateamos o jugamos a las escondidas con los *pilas*. Ya conocemos estos bosques de memoria y ya nadie se pierde. A mí, en lo personal, me gusta escuchar los relatos que el teniente Céspedes $\frac{3}{4}$ a quien sus amigos llaman "Chueco" $\frac{3}{4}$ narra sin parar nunca.

Cuando algún excombatiente está por morir, nos distraemos como espectadores de sus últimas horas, que siempre son un conteo de cómo llegaron a la guerra y cómo salieron de ella.

El día que nos enteramos que el Coronel estaba próximo a llegar nos emocionamos mucho. No lo habíamos visto hacía ya un tiempo a pesar de que, de alguna manera, seguía acá, tanto en sus recuerdos como en las historias que venimos contándonos por décadas. Nos alegramos porque siempre fue bueno con nosotros. Era nuestro superior, pero era tan chico que al principio nos resultaba difícil obedecer sus órdenes. Después, en las largas caminatas y en algunas escaramuzas con patrullas enemigas, fue ganándose nuestra confianza.

Una vez compartió conmigo su rancho porque nos sorprendió una explosión lejana y yo tumbé mi caneco con la espesa *lawá*.

Y a mí, otro día, me regaló el paquete de cigarrillos que le habían dado algunos oficiales. Sus pulmones aún estaban resentidos: el humo del tabaco era nuevo para él.

Siempre fue bueno con nosotros. ¿Se acuerdan de la vez que, quién sabe de dónde, consiguió una naranja y la compartió con todos en lugar de comerla a escondidas? Claro que recordamos. Luego maceramos las cáscaras en el alcohol que robamos del

puesto de sanidad y nos dimos tremenda farra en mi cumpleaños, imaginado que ese brebaje eran los coctelitos yungueños que tanto extrañábamos.

Podíamos ver al Coronel en su cuarto de hospital, y no es que nos hubiera aburrido esperar su retorno... total, tampoco es que tengamos mucho que hacer por acá. Pero como habíamos aprendido a narrar de tanto escuchar lo que se cuenta y que también nos contamos nosotros mismos, decidimos esperarlo así, relatando su historia.

Contarnos lo que sabíamos, lo que fuimos descubriendo y lo que fuimos inventando. Imaginamos que así fue. Imaginamos también que así debió haberse sentido ver una película. Otros, los que sí habíamos tenido el chance de ir a una sala de cine antes de la guerra, confirmamos que la sensación era bastante similar.

El Soldadito... decía el Coronel en repeticiones como rezos, dando vueltas en su cama. El agua... Ya va a volver. Hay que ir a buscarlo. E imploraba al personal de salud que le suministraba los calmantes.

Por favor, hay que ir a buscarlo.

Preso de la demencia y entregado al miedo por la *tostificación* que vivió en La China y en Cañada Tarija, era acosado constantemente por el sonido vívido de las ametralladoras desgarrando el monte a mordidas y el silbido de la lluvia de stokes conforme la gravedad las obligaba a concluir su viaje parabólico. ¿Te acuerdas, Coronel, del miedo que teníamos al sentir el peso metálico que partía el cielo, mientras tumbados, con la cara en la tierra y las manos en la cabeza, llorábamos esperando la explosión?

El Coronel solía despertar en su cama de hospital con las sábanas empapadas ya en sudor, ya en orines, y muy frecuentemente en ambos fluidos. Y él, disfrutando de segundos de cordura, festejaba no estar empapado en sangre. Como aquella vez, cuando perdido en el bosque, e intentando escapar de la muerte o la captura, fue herido.

Los días en los que la memoria se portaba con benevolencia el Coronel recordaba a Olga, nombre que nunca antes $\frac{3}{4}$ hasta la llegada de la demencia, claro $\frac{3}{4}$ había sido escuchado por la vasta estirpe del anciano patriarca.

Cómo has estado, Olguita. Qué ha sido de nuestro hijo, le oíamos decir.

Ante la duda y consiguiente inquietud, la familia realizó un intenso rastillaje entre las reliquias guerreras del abuelo, buscando alguna señal, dato, referencia, fotografía, carta, testimonio, cualquier evidencia de la mujer y del hijo abandonados. Solo encontraron un pañuelo que alguna vez fue blanco y que el tiempo había percutido hasta una tonalidad entre ahuesada y amarillenta, y que, en uno de sus extremos, rondando una esquina, tenía un bordado casi imperceptible por el desgaste del tiempo: *Olga – Asunción, 1935*.

Sin evidencia contundente alguna más que la confesión sin contexto y sin claridad, la familia armó su conjetura: el Coronel, que había sido un donjuán toda su vida, debió iniciarse en el ejercicio del sexo y tal vez en las emociones del amor mientras trabajaba casi de esclavo en una estancia paraguaya tras haber sido capturado en 1934.

También nosotros nos quedamos con la duda. Era casi un niño cuando lo conocimos y algunos oficiales mayores lo molestaban cuando nos bañábamos en el Pilcomayo al notar sus incipientes pendejos. Lejos estábamos de imaginar que se convertiría en un hombre tan de repente.

El Soldadito. Hay que esperar al Soldadito. Va a traer agua.

Olguita, no me puedo quedar. Soy oficial.

Mi detente se lo he dado al Soldadito. Tenías que verlo, Olguita, temblaba. Estaba tan asustado. Todos estábamos. Pero él no tenía por qué fingir ser valiente. No tenía ante quién tampoco. Imagínate. Estaba tan huérfano el pobre que tampoco tenía madrina de guerra. Le he dado mi detente y él se ha sonreído. ¿Te imaginas? Estábamos por morir y él se alegró por tener un detente. Estoy protegido, me dijo, con sus ojitos casi chinos brillando de alegría. Sonriendo a pesar de las balas que pasaban por encima de nuestras cabezas. Estoy protegido, decía y se fue con las caramañolas, casi al arrastre en medio del monte espinoso, a buscar el agua que nos salvaría.

El Coronel se fue a la guerra, sin saber cuándo $\frac{3}{4}$ volvería, a los quince años. Una mañana de octubre de 1933, en su natal La Paz y siendo él cadete del Colegio Militar, llamó el clarín ordenando formación. Una serie de ataques casi suicidas en julio de ese año habían convertido las trincheras frente al fortín paraguayo Nanawa en un cementerio. La brava carnicería se cobró la vida de miles de soldados y oficiales. No conforme con aquel sacrificio, la patria, esa madrastra manipuladora y chantajista que pide hasta la última gota de la sangre de uno a cambio de recompensas imaginarias, demandó a púberes entre los catorce y dieciocho años, cadetes en formación, internarse en el más estéril de sus rincones y el más agresivo de sus bosques para reemplazar a los oficiales que habían dejado su vida en la locura de la guerra.

Tres Pasos al Frente se llamó a ese grupo de adolescentes porque tres veces les preguntaron y tres veces afirmaron, con su *paso al fren...*, que sí querían mostrar el amor $\frac{3}{4}$ aunque no sabían qué era eso $\frac{3}{4}$ a la patria $\frac{3}{4}$ aunque no la conocían bien $\frac{3}{4}$. Los 173

cadetes, en un silencio roto por el sonido de sus botas contra el suelo, dieron un paso. Luego otro. Luego otro. Claro. Imagínate ser el único que se queda en su puesto. Que sabe que tiene miedo. Que preferiría abrazar a la madre en lugar de obedecer a la madrastra.

El Coronel, siendo cadete, sabía que en la guerra se moría. Sabía que para eso se formaba como militar, para la guerra. Pero sabía también que no llegaría a coronel si moría en el Chaco. Aún así dio, junto a todos sus camaradas, sus tres pasos. Pensó, como pensaron muchos, que la euforia colectiva anula la individualidad. Al dar sus tres pasos se sintió poseído por un extraño valor que lo llenó de satisfacción y que al mismo tiempo lo convirtió en un autómata.

El Soldadito. No vuelve.

No me puedo quedar, Olguita. Pero vente conmigo. Puedo pedir permiso para que nos casemos. Nos tienen que dejar, mirá tu panza. Va a ser una niña, estoy seguro. Ojalá tenga tus ojos.

No me puedo quedar y tú no te puedes ir.

* * *

Nunca las despedidas son tan sentidas como aquellas marcadas por la incertidumbre. El andén de la estación de trenes desbordaba de gentes abrazando a sus queridos quizás por última vez. Había lágrimas, había miedo, había orgullo, había entusiasmo y una serie de emociones condensadas en una atmósfera que hacía más denso el aire que se respiraba y generaba una especie de embriaguez entre los presentes. Madres encomendando a los hijos, padres pidiéndoles valentía, madrinas obsequiando detentes y el Coronel, con sus quince años, entregándose a una aventura que no entendía del todo, cargado de un miedo que lo tenía atontado y sintiendo una constante y extraña descarga adrenérgica que se desprendía de su columna y recorría su cuerpo entero. A nosotros nos pasó igual un año antes.

Dentro del tren, que avanzaba a paso lento por el altiplano en su ruta al sur, el ambiente era al principio festivo. Los muchachos intentaban sacarse el miedo bromeando, riendo, cantando. En Oruro se sumaron contingentes de esa ciudad, y junto a ellos los soldados que habían llegado de Cochabamba, continuando así la distracción. Todos juntos, procurando que la euforia colectiva de los vagones les adormezca un poco el temor. Cantos. Aplausos en jaleos de cuecas, caramañolas cargadas de singani que fueron de mano en mano y de boca en boca, evacuadas prematuramente. Poco a poco, conforme el tedio del paso lento contagiaba del espíritu melancólico del altiplano a los pasajeros, y a medida que el alcohol comenzó a atizar los miedos, tristezas y nostalgias de quienes iban en camino al Campo de Marte, las risas se fueron apagando mientras los uniformados se embebían mirando con seriedad y en silencio el paisaje gris.

En un rincón del vagón en el que viajaba el Coronel, entonces cadete, vibraba un charango, mientras un coro de futuros combatientes entonaba canciones de nostalgia presente aunque todavía no habían asomado a los bosques chaqueños.

*Llorarás cuando mañana ya de mí nadie se acuerde
porque del Infierno Verde solo Dios se acordará.*

Aplaudían jaleos, tarareaban quimbas. Evocaban despedidas.

Algunos pensaban en el amor que dejaban. Otros, como el Coronel, se preguntaban qué es eso que hace que los hombres deseen a las mujeres, qué es eso que hace que las extrañen y les canten canciones antes de irse a la guerra.

Del altiplano llegaron a Villazón, el punto más al sur de la patria en su parte occidental. De ahí la marcha a Tarija y luego al Chaco, al son de la *Despedida de...* que tocaba la banda, en etapas de caminatas largas y pesados viajes en camión que hacían sentir el agotamiento de combates que aún no habían llegado. Cuerpos que se llenaban de heridas, en las manos, en las nalgas, en los pies. El Coronel llegó a ostentar algunas llagas que le ganaron burlas entre sus camaradas, ubicadas en el culo, y que fueron producidas por el roce entre su piel, la tela de su pantalón y la madera de la banqueta del camión Ford que los trasladaba traqueteando en picadas improvisadas. Aún así, prefería esas heridas a las llagas que le habían salido en los pies, cuando sus ampollas se cansaron de reventar una y otra vez como consecuencia de una marcha de semanas cargando el trípode de una pesada. Entonces, sus pies heridos, palpitan como corazones asustados y no había agua para darles un refresco.

El Soldadito. Ya va a volver.

El Coronel siempre recordó su llegada al suelo chaqueño, aunque nunca notó el momento en que el aire se hizo más pesado y seco, en contraste con un inmenso paisaje verde que lo devoraba todo. Un monstruo cuyo vaho de aliento sofocaba a aquellos soldados que entraban en sus fauces. Conforme recorrían aquel terreno extraño y hostil que se llamaba patria, y más aún cuando las picadas atravesaban islas de bosque, sentían la claustrofóbica sensación de estar en el vientre de un gran pez, con el olor a muerte, que es el de la carne de los cadáveres insepultos y perdidos que se descomponían, y la osamenta de los árboles secos que los envolvía como una caja torácica.

Te dejo, Olguita, este retrato. Nos tomaron la foto antes de mandarnos a la guerra. No hace mucho, pero mirá esa cara de wawa que tenía. Te dejo, además, este poco de plata que he juntado entre apuestas y robitos. Para que sea de provecho a la criatura. Si quieres venir, te voy a esperar. Mi detente se lo he dado al Soldadito. Tu nombre en este pañuelo ha de ser mi protección y tu recuerdo también. Lo llevaré siempre cerca del corazón.

Probablemente el último recuerdo agradable del Coronel en su ingreso al Chaco fue el baño que se dieron en el río Pilcomayo, cruzando Villamontes, en la retaguardia. Él y otros niños uniformados pasaron una tarde de licencia chapuceando en el río, jugando a sumergirse y mojarse, riendo con el pelotón de mariposas amarillas que los atacó en un asalto para beber de las gotas de agua prendidas a sus cuerpos y rostros imberbes.

Su bautizo de fuego fue en La China, batalla en la que tuvo que robar otro uniforme de un cadáver, que le quedaba notoriamente

más grande, porque el miedo en su primera experiencia de combate aflojó sus esfínteres de manera similar a la que la vejez aplica ahora.

Fue ahí cuando vio cómo un menudo soldado aymara llegó hasta el fortín cargando, por apenas, a un camarada quechua herido mucho más grande que él. Ambos habían estado extraviados en el bosque por tres días y ninguno entendía el idioma del otro. Tampoco entendían el castellano.

Luego fue destinado al Regimiento Montes, perteneciente a la Novena División, cuyo comandante había instalado su centro de operaciones en Carandaití, a la segura distancia de 200 kilómetros de la primera línea de sus unidades. Un destacamento al mando del teniente coronel Ángel Bavía fue desplazado a ocupar Cañada Tarija, al frente de Picuiba, 1.500 hombres entre los que se encontraba el adolescente Coronel. En la marcha hacia Cañada Tarija y en la preparación y ocupación del puesto, el Coronel hizo amistad con el Soldadito, un subordinado de nuestra escuadra que le hacía las veces de estafeta. El Soldadito era indígena, hablaba aymara y un castellano roto que había aprendido en su instrucción militar. Lo único que el Coronel y el Soldadito tenían en común era la similitud de sus edades, aunque el Soldadito, con sus 12 años, era menor y eso había tejido una complicidad que los acercaba más allá de todas las distancias sociales y económicas que la patria había construido entre ellos.

La patria también había arrancado al Soldadito de su hogar a orillas del lago Titicaca, aunque el Soldadito no fue por su propia voluntad. La misma gente que le pedía amor a la patria se libraba de mandar a morir a los suyos ofrendando a sus pongos.

El Soldadito... El agua... Ya va a volver.

En silencio y con sigilo, los paraguayos comenzaron un cerco alrededor de Cañada Tarija. El 27 de marzo de 1934, a las ocho de la noche, la tropa enemiga cortó el camino que unía Cañada Tarija con el Fortín Camacho, desde donde llegaban todas las provisiones y municiones. Con esto empezó la batalla y las tropas bolivianas, con el Coronel entre ellos, combatieron hasta agotar la munición, lo que no fue mucho, porque los jefes militares no eran los novios brillantes e inteligentes de la patria que decían ser, y habían dejado las reservas de munición decenas de kilómetros detrás del corte paraguayo.

Bavía ordenó guardar el último cartucho para volarse los sesos en caso de ser sobrepasados. La línea de defensa rindió sus posiciones. Cuando el comandante se enteró, dio parte a la división y dijo a sus soldados que si querían podían rendirse. Y luego llevó su pistola a la sien y jaló del disparador.

No murió. Mientras se escuchaba cómo el sonido del combate iba silenciándose y los gritos enemigos llamaban a la rendición, el Coronel, el Soldadito y los que estábamos tan asustados que nos escondimos en el pahuichi de comando levantamos el cuerpo agonizante de nuestro comandante y nos internamos en un bosque adyacente a la cañada.

Caminamos hasta no escuchar voces, pero aún acosados por los disparos. Cargar con el cuerpo casi muerto de un adulto, procurando

no ser descubiertos, es un ejercicio física y mentalmente agotador. Instalamos un campamento, si así se puede llamar al pequeño sector de bosque que limpiamos de maleza para poder recostarnos y descansar. Pasamos un día entero escondidos. El primer día. Sin agua y sin alimentos tampoco nos iba a resultar posible resistir mucho más. A la mañana del segundo día, el Coronel y el Soldadito se ofrecieron para ir a buscar agua en algún extremo o proximidad de la cañada. Eran pequeños y, si se movían con sigilo, podrían no llamar la atención de las patrullas paraguayas. Y si lo hacían, tenían la esperanza de que el enemigo se apiadara de su juventud.

Ambos penetraron más el bosque siguiendo una orientación únicamente instintiva, buscando caminos que habían recorrido en los días en los que instalaron el campamento base. Caminos en los que antes, en los momentos de descanso, habían compartido juegos y conversaciones rotas, trabadas por el lenguaje distinto, casi monólogos del Coronel.

Sin embargo, orientarse en esos bosques agresivos era una misión casi imposible y pronto comenzaron a desesperarse, sumado a eso el aumento del hambre y de la sed. Cuando se sentaban a descansar temblaban de miedo y frustración, pero ni siquiera podían sacar lágrimas de sus ojos de tan secos que tenían los cuerpos. Se abrazaban para intentar calmar al otro, para intentar sentirse valientes, porque eso, imaginarse valientes, jugar a ser valientes, era lo único que podía diluir un poco la ansiedad que les causaba la certeza de su muerte próxima. Se arrastraban entre las tuscas y las carhuatas, desgarrando su piel y llenándose de heridas. Los troncos secos de árboles que también habían muerto de sed dejaban la impresión de un cementerio de elefantes en medio de un bosque absurdo en el que crecía vegetación y no había agua. Desesperados, masticaron raíces que encontraban hasta hacer sangrar sus encías, procurando conseguir un poco de líquido de ellas, algo que les calmara la desesperante sequedad de la boca. Nosotros también lo hicimos, porque ya ni saliva teníamos. Nuestras lenguas, como lijas de lo ásperas que estaban sin humedad, no podían permanecer en nuestras bocas.

Al tercer día escucharon una ráfaga. El Coronel cayó de bruces: un golpe, dos golpes. El fémur roto, el brazo desollado. El Soldadito lo tomó del cuello de la camisa y lo arrastró hasta detrás de un viejo tronco tumbado que les ofrecía protección y escondite.

Herido y frustrado, el Coronel se sentó a esperar la muerte. El Soldadito en cambio, se cargó las caramañolas vacías que cargaba el Coronel y le dijo que regresaría pronto. Antes de que el Soldadito continuara su marcha agazapada, el Coronel arrancó el detente que tenía costurado en el forro interno de su uniforme y se lo obsequió. No pronunció palabra, no tenía fuerzas para hacerlo. Pero sí alcanzó a ver cómo se iluminó el rostro del Soldadito, que apareció de repente risueño.

Estoy protegido, dijo el Soldadito, y se fue.

Las horas pasaron y moscas comenzaron a incubarse en las heridas abiertas del Coronel, que entre delirios de fiebre y de dolor se sentía acosado por el bosque. Tomaba una forma demoníaca. Las ramas

intentaban asfixiarlo y se cerraban cada vez más, escondiendo por completo la mínima vista del cielo. Se vio caminando entre arbustos que no dejaban de morderlo, hasta llegar a un claro de monte en el que había un pahuichi, bajo el cual se asaba carne de res y había caramañolas llenas de agua, todo sin control. El Coronel se lanzó entonces a saciarse aunque fuese en su delirio de agonía.

Cuando volvió en sí abriendo los ojos débilmente, le tomó un rato entender que estaba en la realidad y reconocer que frente a él había dos paraguayos descalzos dándole toqueteos con los cañones de sus fusiles.

Pilas, dijo con la voz seca y casi de ultratumba, con una solemnidad que solo se interrumpió por la ridícula irrupción de un gallo en su voz de niño que quiere mutar a hombre.

Entonces los paraguayos le ofrecieron agua y le informaron que desde ese momento él era su prisionero.

El Soldadito... El agua... Ya va a volver. Hay que ir a buscarlo. Por favor, hay que buscarlo.

* * *

La noche en que el Coronel finalmente regresó al lugar en el que había dejado su alma, cuando nos poníamos en formación para darle la bienvenida, pudo ver que aquel día que cayó herido, el Soldadito logró llegar a la aguada.

La sed y desesperación de aquel pobre muchacho ³/₄ contó casi un siglo después el Coronel, como si él mismo hubiera transmigrado al cuerpo del soldadito ³/₄ fueron tales que no vigiló si los paraguayos resguardaban aquel extremo de la cañada. Una alegría inefable se apoderó de su corazón al ver el reflejo del agua bajo el sol chaqueño, como si hubiera encontrado de repente la marca que indicaba dónde estaba escondido un gran tesoro. Corrió y se tropezó. Continuó desesperado, sin levantarse, gateando con las pocas fuerzas que tenía, arrastrando las caramañolas que llevaba colgadas.

Antes de cargarlas, se precipitó a la orilla para beber él. Luego, sumergió su cabeza sucia de miedo, sudor, sangre y tierra e imaginó por un instante que el agua tibia que cubría sus cabellos era el agua fría del gran lago en el que había aprendido a nadar cuando su padre le enseñaba la mejor manera de pescar bogas en balsas de totora. Pudo ver el rostro de su madre, que, aunque siempre llevaba una expresión severa, sonreía de alegría en un recuerdo remoto e íntimo. El Soldadito olvidó por algunos segundos el calvario que había sido su vida desde la tarde en que unos señores uniformados lo obligaron a salir de su casa, ante la mirada impotente de sus padres y la actitud todopoderosa de su patrón, para mandarlo a padecer lo inhumano en defensa de una tierra ajena, lejana y malagradecida. Olvidó las lágrimas y el miedo y se entregó a la felicidad del líquido transparente rodeando su cabecita.

El Coronel pudo ver la cara del Soldadito, de frente, como si él mismo estuviera sumergido en el agua. El pequeño combatiente tenía los ojos cerrados y una gran sonrisa dibujada. En una fracción de segundo, sin embargo, esa mirada rasgada se abrió en su

totalidad, mirando directamente al Coronel. Junto a los ojos, abrió también la boca, que dejó escapar un grito amordazado en burbujas. Y el efecto diáfano y acuático que cubría el rostro ahora inexpresivo del Soldadito fue tornándose gradualmente en rojo.

Así fue como lo vimos y como se lo contamos después al

Coronel, cuando le dimos la bienvenida y se acomodó bajo nuestro pahuichi a tomar mate y preguntar qué había sido de nuestras vidas en la muerte.

Pero, mi Coronel, habrá tiempo de sobra para ponernos al día. Más bien, le tenemos una sorpresa. Alguien lo quiere saludar.